

C I E N C I A

CENTENARIO DEL HOMBRE

de

NEANDERTAL

Por Santiago GENOVES T.

HACE AÑOS, en 1912, Marcellin Boule escribió en la introducción a lo que todavía es la mejor memoria sobre uno de los restos de Neandertal: "La Antropología tiene la disculpa de haber llegado demasiado tarde a un mundo que es demasiado viejo." En agosto se conmemoró en todo el mundo, y particularmente en Alemania, el centenario del primer descubrimiento de restos de homínidos en Europa Occidental.

A partir del descubrimiento de 1856, paleontólogos y antropólogos no han cesado en la ardua labor de tratar de desenmarañar, entender y explicar la historia de nuestro árbol genealógico a través de las Edades. Para ello, el investigador tiene que hacer el mejor uso posible del escaso material óseo, por lo general fragmentario y fosilizado, que arqueólogos o antropólogos hallan al realizar excavaciones con ese propósito u otros similares, y



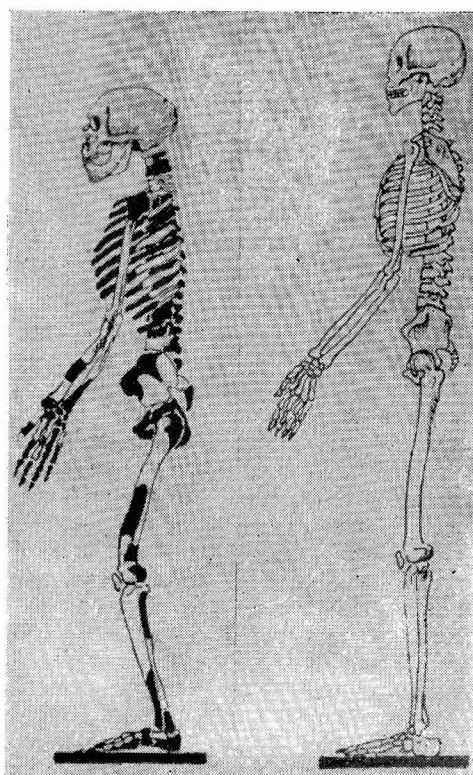
El lugar de Neandertal en Renania

más generalmente de los restos que aparecen como resultado fortuito de cualquiera de las excavaciones o perforaciones a que el hombre se dedica hoy en día con el propósito de vivir más confortablemente en la superficie terrestre.

El mes de agosto pasado se cumplieron cien años a partir del día en que dos trabajadores durante una de estas últimas excavaciones descubrieron por casualidad, dentro de una pequeña cueva, situada a orillas del río Dussel en el valle de Neander, entre las ciudades de Elberfeld y Düsseldorf, en Westphalia, Alemania, unos cuantos restos de huesos fosilizados, a saber: la calota craneana, los fémures, los humeros, los peronés, el radio derecho, una porción del hueso coxal izquierdo, una porción del homóplato derecho, una porción de la clavícula derecha, y cinco pedazos de costillas. Los restos pasaron a manos del Dr. Fuhlrott de Elberfeld, sin que se tuviese todavía idea de que se trataba de restos de homínidos, hasta que después de un breve examen y un reporte oficial, publicado al año siguiente, se reconoció, aunque no sin disputas y desacuerdos que durarán algunos años, su verdadero *status*. Es así, que estos poéti-

cos restos —el poeta Neander solía dar largos paseos en dicho lugar a orillas del Dussel entre 1674 y 1679, y de él tomó nombre el valle— por ser los primeros en recibir atención oficial, han venido a dar nombre a un grupo de homínidos, que indudablemente poseen un papel importante dentro del campo de estudios de la filogenia humana. Decimos que no fueron los primeros porque en 1848 al realizar excavaciones para el emplazamiento de una batería en la cantera de Forbes, en la vertiente norte del Peñón de Gibraltar, los trabajadores descubrieron un cráneo fosilizado, que Falconer, que se hizo cargo de él, describió como: "un ejemplar de un tipo de humanidad muy primitiva, muy incipiente y salvaje, y de gran antigüedad... pero humano no obstante". El cráneo no llegó a Inglaterra hasta 1862 y la primera descripción que se conoce del mismo es del año 1869. Este valiosísimo ejemplar fue cuidadosamente envuelto y situado en los sótanos del Real Colegio de Cirujanos en Londres, escapando así a ser destruido como sucedió con muchos otros valiosos ejemplares de las colecciones de dicha institución, al caer una bomba en el museo durante la última guerra. En la actualidad se halla en el Museo de Historia Natural, South Kensington, Londres.

A partir de 1848 y 1856 se han hallado otros restos de características similares, y



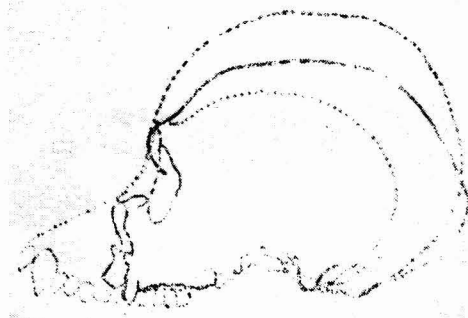
Reconstrucción del esqueleto del hombre de Neandertal comparado al de uno moderno

que igualmente han recibido el nombre de la localidad en que se descubrieron. Es así que tenemos: La Chapelle-aux-Saints, La Quina, La Ferrassie (los tres en Francia), Spy (en Bélgica), Saccopastore y Monte Circeo (los dos en Italia), y algunos más. Entre éstos, La Chapelle-aux-Saints es, probablemente, la reliquia más valiosa tanto por el número de piezas del esqueleto que cuenta, por su estado general de preservación, como por la evidencia faunística y geológica de su edad absoluta.

Este grupo de homínidos, al que se ha dado impropriamente en llamar "la raza" Neandertal, vivieron, principalmente, en Europa Occidental en la época de la primera fase de la última glaciación y 3er. interglacial de la Edad de los Glaciares. Esto es, aproximadamente, entre 125,000 y 90,000 años antes de la época actual. Las características métricas y morfológicas de todos los individuos Neandertal hallados nos permiten situarlos dentro del campo de los homínidos aunque fuera, o aparte, de la especie *homo sapiens* a la que pertenece toda la humanidad actual. En otras palabras, la evidencia que se ha ido acumulando durante los últimos setenta y cinco años desecha, sin dejar ningún lugar a duda, las hipótesis y puntos de vista de más de un antropólogo, emitidas a raíz del descubrimiento de Dusseldorf, en las que se mantenía que los restos de Neandertal no eran otra cosa que formas patológicas o anormales. Los restos de Neandertal se conservan en el Museo Provincial de Bonn, y constituyen una de las piezas más valiosas y clásicas para el estudio de Paleoantropología.

¿Cuáles son las características de este grupo? Todos ellos poseen cráneos grandes, con fuertes prominencias óseas sobre las órbitas (a modo de visera), frente huidiza, bóveda craneana casi plana, fuertes rugosidades en la región occipital (parte posterior de la cabeza) que dan inserción a poderosos músculos en la región posterior del cuello. El agujero occipital (esto es, el agujero en la base del cráneo por el que la médula entra en conexión con la masa encefálica) tiene una localización posterior, indicativa de una cierta inclinación de la cabeza hacia delante. Poseían una capacidad craneana elevada, de aproximadamente 1450 c.c. en comparación con 1350 c.c. que sería la media de los europeos actuales. Los huesos de la cara, alrededor de la boca, se proyectan hacia delante, dándole a esa región un aspecto hinchado. En conjunto la cara es relativamente grande con respecto al cráneo. La mandíbula es masiva, sin mentón, y los dientes son relativamente grandes. Los huesos de las extremidades presentan fuertes curvaturas y sus extremidades son grandes. Las proporciones y aspecto de los huesos de las extremidades nos facilitan la predicción de un aspecto nada elegante y una estatura de 1555 cm. aproximadamente. Los huesos del pie y las vértebras poseen ciertas características que encontramos también en monos y antropoides actuales.

Este conjunto de características que acabamos de enumerar y algunas otras, no se encuentran nunca en ninguna de las razas actuales en que siguiendo una u otra clasificación se puede dividir la humanidad. Es más, se perciben o se apuntan las mismas características en los po-



Trazado de perfil de: ...Francés moderno;
...Neandertal; ...Chimpancé

cos restos de seres juveniles que del grupo Neandertal se han hallado.

Se han formulado principalmente dos teorías con el fin de explicar la secuencia evolutiva del grupo Neandertal. Una, poniendo en realce las afinidades homínidas del grupo, lo sitúa dentro de una etapa evolutiva relacionada directamente con nuestra línea ancestral. Este punto de vista, mantenido principalmente por Hrdlivcka y por Weidenreich aún en 1945, estaría en desacuerdo con las opiniones de la mayor parte de las autoridades actuales en este campo. La menor capacidad craneana del hombre moderno, así como la temprana evolución de los huesos de las extremidades que se encuentra en homínidos de cronología anterior al grupo Neandertal, serían, entre otras, características bien difíciles de explicar siguiendo el punto de vista expuesto. La teoría más generalmente aceptada hoy en día formula que el movimiento de masas de hielo Alpino y Escandinavo dejó aislado el Oeste de Europa casi por completo, con la excepción de un estrecho corredor entre los dos glaciares, sujeto, no obstante, a condiciones climáticas bien frías. La península italiana estaba también, en la misma época, aislada del Este, y en España los Pirineos eran la única porción de tierra no cubierta por los hielos. En estos momentos de la primera fase de la última glaciación fue cuando vivieron los seres de que nos ocupamos. Un tal aislamiento, sin afluencia de nuevos grupos (lo que se conoce genéticamente como *inbreeding*) unido a los efectos de las condiciones climáticas extremas a que nos hemos referido, pudieron muy bien actuar conjuntamente, dando como resultado las características morfológicas que hemos señalado.

Incluidos bajo la denominación general de Neandertal, pero de aparición cronológica anterior (que podría alcanzar algo así como 435,000 años), con, tal vez, una distribución geográfica más periférica y con un cierto número de características anatómicas tales como cráneos más pequeños y relativamente más estrechos, viseras supraorbitarias de menor prominencia, esqueleto facial más pequeño y menos prominente, etc., se han ido hallando, particularmente en los últimos treinta años, algunos restos: Steinheim (Alemania), Swanscombe (Inglaterra), Fontéchevade (Francia) que, aunque semejantes a los Neandertal típicos descritos anteriormente, se encuentran, sin lugar a duda, mucho más cerca del aspecto que presenta un hombre actual. Uno se pregunta si estas criaturas se podrían pasear por las calles de México vestidos con la moda actual, mientras que los Neandertal típicos, ciertamente serían señalados inmediatamente con el dedo por su extraña apariencia: esto es, dado que cualquiera de los dos hubiese alcanzado el

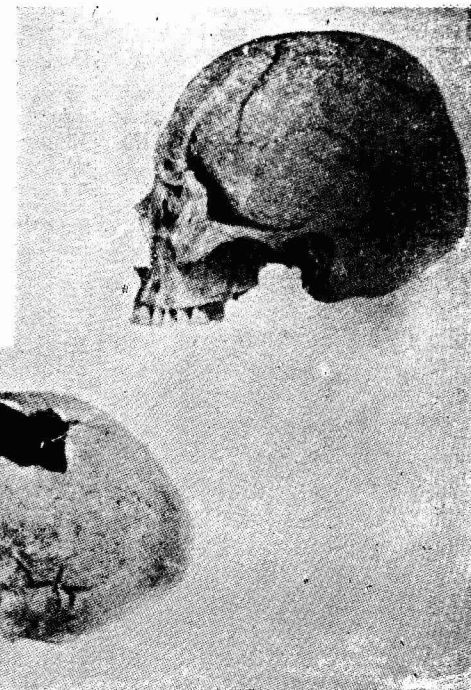
nivel de inteligencia necesario para lograr sobrevivir a los ruleteros, lo que yo no creo dadas mis experiencias personales, a pesar de que poseo un esqueleto con características "modernas".

Se ha opinado, y con buenos argumentos, que los Neandertal típicos, pueden haber evolucionado a partir de los descritos aquí en segundo lugar, esto es, a partir de los Neandertal de cronología anterior y de características más generales y menos especializadas. En otras palabras, los Neandertal existían con anterioridad a la primera fase de la última glaciación pero sin haber adquirido todavía las características de especialización que les conocemos y por las que se distinguen. Tanto unos Neandertal como los otros muestran una gradación que haría dicha explicación plausible.

Otro punto de vista mantiene que ambos tipos pueden haber surgido de un homínido todavía más primitivo, tal como el Pitecantropo, que se desarrolló en Asia Oriental, poseyendo una capacidad craneana muy inferior, pero extremidades que sería bien difícil distinguir de las de un hombre moderno. Así, de acuerdo con esta hipótesis, ambos tipos de Neandertal

tigación en el laboratorio, antes de que las hipótesis y puntos de vista aquí expuestos puedan pretender haber alcanzado la categoría de conclusiones estables.

En lo que se refiere al grupo Neandertal típico, existe todavía, no obstante, un punto que representa mucho interés. ¿Cómo y por qué desaparecieron? Si desaparecieron de súbito, como podía haber sucedido, por exterminio, debido a la penetración de la forma más temprana de Neandertal, al receso de las masas glaciares, entonces sería razonable suponer que hubiésemos encontrado evidencia de ello en osarios, y hasta ahora no se ha encontrado ninguno. Claro que ello no elimina la posibilidad de que investiga-

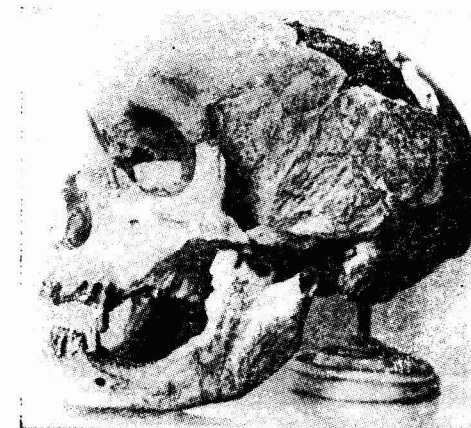


Vista lateral de los cráneos de: Francés actual,
Neandertal y Chimpancé

habrían surgido de un ancestro común, los del tipo "clásico" o digamos Dusseldorf habiendo adquirido las mencionadas características debido a aislamiento (*inbreeding*), unido a los efectos del rigor de un clima frío en extremo. Cualquiera que sea el caso, y yo me inclino en favor de esta hipótesis, T. McCown y Sir Arthur Keith, norteamericano el primero, inglés el segundo, hallaron en 1939 que un buen número de restos fósiles producto de excavaciones apropiadas realizadas por arqueólogos en Monte Carmelo, Palestina, podían ser situados, sobre bases cronológicas generales, entre los Neandertal típicos, y los Neandertal que llamaremos tempranos. Este grupo de restos de homínidos hallados en Palestina poseen, además, características anatómicas, que aunque afines al grupo Neandertal típico, los sitúan, en conjunto, en un *status* morfológico intermedio entre éstos y el *homo sapiens*, esto es, el hombre moderno.

Desde luego, hay que hacer notar que se ha presentado aquí un esquema muy simplificado, y que se necesita todavía mucho trabajo de campo y mucha inves-

dores afortunados o circunstancias fortuitas los hagan aparecer en el futuro. Es más, los individuos del Paleolítico Superior que aparecen cronológicamente después de los Neandertal típicos no presentan ningún carácter de hibridación con los Neandertal que nos lleve a suponer que hubo mezcla que explicase la desaparición paulatina del grupo objeto del actual centenario. No obstante, si sabemos que el andino de la Sierra absorbe de tal manera al blanco que es normal encontrar, ya en la segunda o tercera generación, desaparecidos casi todos los rasgos de la raza blanca dentro de los rasgos dominantes de la morfología indígena, entonces podemos suponer que no se han hallado restos Neandertal correspondientes a cualquiera que sea el número de generaciones necesarias para que los caracteres típicos de este grupo estuvieran



Cráneo descubierto cerca de
La Chapelle-aux-Saints

todavía patentes. Aunque es ésta una posibilidad bien remota, debido a otras razones que no caben dentro de las posibilidades de estas líneas, hemos creído útil señalarla, recordando al mismo tiempo que se han encontrado asociados a restos óseos del Paleolítico Superior implementos Musterienses del tipo usado por el Neandertal más próximo a nosotros.

Es evidente que todavía quedan muchos problemas que resolver dentro del campo general de la Paleoantropología y del particular del grupo Neandertal. No obstante, la situación se diferencia mucho de la que prevalecía en 1877, cuando, en ocasión de otorgársele en la Universidad de Cambridge un grado honorífico a Charles Darwin, veintiún años ya después del descubrimiento de Neandertal, todavía, en el momento de la ceremonia, y entre gran algazara, algunos estudiantes extendieron cuerdas de una galería a la otra, en las que inmediatamente después se balanceaba primero un mono, y luego

un gran aro con lazos simbolizando el eslabón perdido.

El doctor J. C. Trevor de la misma Universidad suele definir la Antropología, en charlas informales, como "el estudio del hombre... que abraza, desde luego, a la mujer", yo añadiría, "y a todas las formas relacionadas", quedando implícito que el Hombre de Neandertal queda dentro de dicho abrazo. Los hallazgos de 1856 han contribuido enormemente a avanzar en el conocimiento de las ramas que constituyen la filogenia humana, y si las palabras de Marcellin Boule con las que cierra su monumental memoria sobre el Hombre Neandertal de La Chapelle-aux-Saints: "Esto es lo que sabemos hoy sin apartarnos de la ciencia positiva. Es poco en comparación a lo que todavía nos queda por aprender. Es, sin embargo, bastante en relación a lo que antes desconocíamos, o a lo que sabíamos mal", eran al caso en 1912, lo son mucho más todavía hoy.

CON FRANCISCA SANCHEZ

¡QUÉ humilde es la aldea donde vive Francisca Sánchez! Al pie de una de las más bravas sierras de España, veinte, treinta, cuarenta casas tal vez, se agrupan en lo alto de la ladera del monte. Para llegar allí, desde Avila, hay que pasar por pueblos de nombres extraordinarios como sólo los tiene Castilla: Solosancho, La Hija de Dios; hay que coronar un puerto, desde el que de pronto, en los días azules, se divisa la blanca mole de Gredos; hay que llevar el coche por caminos en los que más que el zéjel o el melisma del arabesco, suena el pie de romance y el canto llano medioeval. Se cruza sobre el Adaja, ese río familiar de Santa Teresa, tan puro y cristalino. Se pasa por El Salobral, frontero de Avila, y en donde los campesinos de España conocen la historia de Francisca y de Rubén, como los payeses de Valldemosa, en Mallorca, la de Jorge Sand y la del dulce y desgarrado Chopin de los nocturnos.

En Navalsáuz, un automóvil constituye un insólito espectáculo. Hasta allá arriba, únicamente suelen subir los carros, las carretas o las caballerías. Pero ¡cuánta cortesía en sus moradores!

—Sí, sí, Francisca Sánchez... Nosotros les acompañaremos.

Ya en la casa, a quien primero vimos fue a una niña de siete u ocho años, hija de Carmen Villacastín Sánchez y, por tanto, nieta de Francisca. Sobre una mesa, en el recibidor, apenas traspasado el umbral, reparamos en la fotografía hecha en París de una joven maravillosa: la hermana de Francisca, la que entre 1910 y 1914 vivió varias temporadas bajo el mismo techo que Francisca y Rubén. A la derecha del recibidor, una amplia cocina de campo abría su intimidad hogareña al visitante. Al rato, saludábamos a la propia Francisca que, sencilla, modesta, delgada, vestía un hábito de la Virgen del Carmen.

—¡Somos unos viejos amigos suyos— le dijimos — que sólo hemos venido por conocerla y abrazarla!

Por Antonio OLIVER BELMAS

Francisca conmovida desde el primer instante por la sorpresa, repetía como esas viejas de Azorín:

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! ¡Verme a mí! ¡Venir a verme a mí! Y, de cuando en cuando, se le escapaba un sollozo contenido.



Francisca Sánchez, con Carmen Conde y Antonio Oliver

Francisca, casi frizando los ochenta, erigida todavía sin embargo, muestra en la frente las largas y profundas besanas del tiempo. Cuando los humanos van pronto a ser tierra, sus caras se pueblan de surcos hondos y dolorosos. Pero, en estos seres, ya casi térreos, hay algo de generosidad y espíritu, que aunque parezca paradójico, la juventud no posee. Los jóvenes son árboles plenos y frondosos que resisten pujantes todas las furias de la naturaleza; los viejos, son troncos arrugados, ramas sin hojas, corazones próximos a disolverse en lo telúrico. Arbol frondoso era Francisca cuando Rubén la amó. Arbol que dió al poeta cuatro frutos, alguno como el primer Rubén Darío Sánchez —Phocás el Campesino— que duerme eternamente en el breve cementerio de Navalsáuz; alguno, como el segundo Rubén Darío que muere en México de 42 años y cuyos retratos de adolescentes, con largas y afiladas manos, adornan por todas partes las paredes de la casa; otros, como

Carmen y Angelita, muertas las dos bien niñas: la primera y primogénita nacida en España; Angelita abierta apenas unas albas, en París. Arbol frondoso era Francisca, tronco de juventud ceñido y apetecible, cuando se modelaba como arcilla con el mantón de Manila para quizá motivar directamente el "Elogio de la Seguidilla" del gran poeta hispánico. Arbol frondoso y jugoso, cuando en París se retrató con un Rubén Darío treintañero, de pulida barba, al contrario de los existencialistas de hoy.

A este árbol entonces exuberante, ahora soplo casi, presto a disolverse en el viento, la escuchamos, en esa tarde inolvidable del 13 de mayo de 1956, hablar emocionadamente de su pasado. Ella nos mostró sus más queridas reliquias íntimas. Ella nos dijo cómo Rubén trabajaba preferentemente en la larga noche, en vigilia dura y solitaria, sin excitantes alcohólicos ni paraísos artificiales, en parto mental a veces ungido de dolor y a veces feliz. Ella es la que nos dijo con ternura amorosa: ¡Rubén! Rubén era como un niño.

Cuando vimos las fotografías más queridas, cuando contemplamos respetuosamente silenciosos los autógrafos del poeta, en el momento en el cual se extinguía la luz de la tarde, a mis instancias, Carmen Conde leyó los versos del inmortal nicaragüense titulados "A Francisca", que el poeta escribió ya en trance de la definitiva separación, al regresar para siempre a América. Sonaban como en una imprecionante letanía los

"Francisca Sánchez, acompáñame!"

que todos escuchamos con sobrecogimiento.

Francisca lloró largamente. Lloramos todos con ella, desde la autora de "Mujer sin Edén", hasta Carlos Lozano, el discípulo de Arturo Torres Ríosco; desde Norma Parchment, la jamaquina universitaria en Madrid hasta Antonio Figares, el buen granadino. Y, claro está, hasta Carmen Villacastín, tan fiel a su madre en todo. Como en el Poema de Rubén, se encendió la noche a esta lectura.

—Volveremos, Francisca, ¡Volveremos!, le advertimos con el abrazo de despedida.

Frente a la puerta de la casa, casi rozando el monte, cuando salimos brillaba Venus en el cielo desnudo y puro como un inmenso diamante.

Carmen Villacastín, portando una luz, nos alumbró, como en un culto milenar, por la única calleja de la aldea, hasta el lugar donde el coche nos esperaba. Así la vimos todavía, rodeada de los expectantes niños del pueblo, como en un friso clásico, cuando empezamos a descender de la sierra en retorno a Madrid. Casi ninguno hablaba. Silenciosamente, con esta visita inolvidable, se había coronado un cursillo "Poesía del Modernismo" explicado por mí en la Facultad de Filosofía y Letras, en el curso 1955-56. Se había cumplido un rito y, además, habíamos bebido en la linfa misma de la biografía del poeta.

—¡Oh, sí! Volveremos; ¡volveremos a Navalsáuz!, nos prometimos todos en silencio. Con éstos o con otros amigos, yo también sé que volveré.